

El Viajero Volador

Un sermón sobre Salmos 90:10

Por Wulfurt Floor (sermón 308a)

Lectura Bíblica: Salmos 90
Salterio 290: 1, 2, 4, 5
104: 3, 4, 5, 6
246: 1, 2, 3
387: 1, 2, 3, 4

Introducción

Queridos amigos:

Leemos en Eclesiastés 3:2: *“Tiempo de nacer, y tiempo de morir”*. El Predicador escribe ahí del día de nuestro nacimiento y del día de nuestra muerte; sin embargo, lo interesante es que no se mencione el tiempo de “vivir”. Así el Predicador quiere enseñarnos que nuestra vida es tan breve, ¡de modo que ni siquiera merece ser mencionada! Nosotros pasamos desde nuestra cuna hasta nuestro cajón (y la eternidad que sigue la muerte) como si fuera de un solo salto. De hecho, nuestra vida no es más que vanidad, y es muy importante que escuchemos mucho sobre esto, y que meditemos mucho sobre la certeza de nuestra muerte que se aproxima muy rápidamente.

Hay muchos lugares en la Biblia que nos hablan de la brevedad de la vida; solamente mencionamos algunos de esos versículos. En Eclesiastés 12:5 leemos: *“El hombre va a su morada eterna”*; en Salmos 119:84 el poeta pregunta: *“¿Cuántos son los días de tu siervo?”* En Salmos 90:12 leemos: *“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”*; en 1ª de Corintios 7:29, el apóstol Pablo escribe: *“Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto”*; y otra vez en Salmos 103:15 leemos: *“El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo”*. En Job 14.1 y 2, escuchamos la verdad de que *“El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece”*; y por último, leemos las palabras de Isaac en Génesis 27:2: *“No sé el día de mi muerte”*.

Hemos predicado sobre muchos de los versículos mencionados arriba, y así hemos considerado la muerte, la eternidad, y la brevedad de esta vida. Sin embargo, por más que les haya predicado tantas veces sobre estas solemnidades, encuentro que en cuanto a mí, aún no he aprendido a vivir cada día como si fuera el último. ¿Cómo es el caso contigo, mi amigo? ¿Has

hecho un buen uso de tus días, los cuales son tan cortos e inciertos? ¿Has llegado a ser, por la gracia de Dios, un forastero aquí en este mundo? Oh, amigos, temo que la situación no es así con muchos de ustedes.

Sea como fuere tu caso, espero que no sea sin provecho que les hablo de nuevo sobre la brevedad de vida, la certeza de la muerte, y la importancia de esto para todos nosotros. Nuestro texto se encuentra en Salmos 90, versículo 10, solamente las últimas dos palabras: “**y volamos**”.

Según el título, este Salmo es una oración de Moisés. Una gran parte de este Salmo se dedica a hablar sobre la brevedad de nuestra vida en este mundo. No creo que sea necesario hablar mucho sobre el significado literal de las palabras de nuestro texto, ya que es muy evidente que Moisés quiere decir: “Nuestros días son muy cortos, y se pueden compararlos al vuelo breve de un ave. Nuestro tiempo aquí abajo vuela, y muy pronto habremos llegado al final de nuestra vida”.

En esta ocasión del fin de año, consideramos el tema de:

EL VIAJERO VOLADOR

Consideramos tres pensamientos principales:

- 1. La brevedad de la vida;**
- 2. La certeza de la muerte;**
- 3. Cómo debemos hacer uso de estas verdades para nuestro bienestar espiritual.**

PRIMER PENSAMIENTO

“*Y volamos*”. Estas dos palabras nos enseñan que nuestra vida es muy breve. Veremos la verdad de estas palabras cuando consideramos algunas cosas en particular, al considerar nuestro primer pensamiento: **la brevedad de la vida.**

En primer lugar, se manifiesta la brevedad de nuestra vida por medio de la palabra enfática empleada en nuestro texto: “*volamos*”. Los que tienen un conocimiento de los idiomas antiguos nos señalan que aquí se emplea la misma palabra que se lee en Isaías 60:2, donde se mencionan las palomas que “*vuelan como nubes*”; también esta palabra hebrea se emplea en Habacuc 1:8,

donde se hablan de jinetes que “*volarán como águilas*”, y en Salmos 91:5, que se promete al hijo de Dios que no temerá la saeta que “*vuele de día*”. Así es que en este versículo Moisés nos enseña que nuestra vida vuela tan rápidamente como vuela un águila o una saeta. Por tanto, tenemos muy poco tiempo en esta vida para considerar el asunto de suma importancia, es decir, el asunto de nuestra salvación eterna.

En segundo lugar, no solo Moisés, sino muchos de los autores inspirados de la palabra de Dios han dado testimonio acerca de la brevedad de la vida. Cuando Job escribe sobre el “*número de sus meses*” de la vida del hombre; debido a la brevedad de esta vida, Job no se refiere a los años de uno, sino que habla acerca de los meses, tal como se mide la luna, que va creciendo y luego menguando, hasta desaparecer por completo. En Job 14:1 (que ya se ha citado en la introducción), Job escribe que el hombre es “*corto de días, y hastiado de sinsabores*”. David va aún más allá cuando dice en Salmos 39:5: “*Diste a mis días término corto*” (la palabra hebrea original aquí significa ‘la anchura de una mano’). Ciertamente la edad del hombre no es nada en comparación a aquellas personas que vivieron antes del diluvio, y es aún mucho menos cuando se compara con la eternidad que no tiene fin. Es por eso que también en las Escrituras se compara la vida del hombre con la hierba, y la gloria del hombre como flor de la hierba (1 Pedro 1:24), pues como la hierba se seca y como la flor se cae, así vive y pronto muere el hombre. Es posible que una persona esté sana (o así se siente) por la mañana, y que la noche de aquel mismo día su alma tenga que comparecer delante del trono del juicio de Cristo, mientras su cuerpo sin vida yace aún en su cama. Por eso Santiago escribe: “*¿Qué es nuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece*” (Stg. 4:14). Otra vez citamos a Job, quien dice: “*Mis días han sido más ligeros que un correo; huyeron, y no vieron el bien. Pasaron, cual naves veloces, como el águila que se arroja sobre la presa*” (Job 9:25, 26).

En tercer lugar, se aprende la brevedad de nuestra vida por nuestra propia experiencia cuando consideramos cuán rápido pasan nuestros días. En el versículo 4 y 5 del Salmo que hemos leído, Moisés hace una comparación de nuestros días con el sueño: *“Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliias de la noche. Los arrebatas con torrente de aguas; son como sueño”*. Lo triste es que muy pocas personas tienen un conocimiento correcto de la vida y su brevedad hasta que la muerte los despierte a esa realidad; entonces se dan cuenta de que habían estado vivos, y se les habían dado la oportunidad y el tiempo para buscar al Señor. De hecho, para todos nosotros la vida pasa como el sueño; no nos acordamos del día de nuestro nacimiento, y aunque sí podemos tener algunos recuerdos de nuestra niñez y juventud, aquel tiempo de nuestra vida era vanidad. Pasamos la vida de nuestra niñez jugando con cosas triviales de niños. Muy pronto llegamos a ser jóvenes, la edad cuando somos impulsivos y no muy serios, y pasamos nuestros días de una manera que muchas veces nos da vergüenza después. Aun David tenía que orar: *“De los pecados de mi juventud, y de mis rebeliones, no te acuerdes”* (Salmos 25:7). Por más neciamente que hayamos pasado nuestra juventud, y por más desconsideradamente que hayamos pasado los primeros años de nuestra vida, el tiempo no nos ha esperado, y hemos llegado a ser adultos. Luego, la mayoría de nosotros nos hemos casado, y hemos luchado con los quehaceres de la vida diaria, intentando criar a nuestra familia con los muchos afanes y preocupaciones que esto contempla. La vida diaria ha estado llena de aflicciones; y no hay familia o persona que no haya sufrido durante esta vida. En fin, si a Dios Le complace darnos una vida larga, tarde o temprano nuestra vista se va perdiendo, nuestros cuerpos comienzan a doler más y más, y por fin llegamos a la puerta de la muerte como ancianos. Así hemos trazado la vida brevemente, para que podamos ver cómo es que por nuestra propia experiencia hemos experimentado la brevedad de la vida.

Por último, podemos estar seguros de la brevedad de la vida sólo al considerar este año que está por terminar dentro de algunas horas. Me parece como si fuera hace algunos días que les estuve predicando el último mensaje del año pasado; ¿quién hubiera pensado que el tiempo volaría tan rápidamente? Si hubiéramos pasado el año en el lecho de la enfermedad en algún hospital, una semana nos parecería mucho tiempo. Sin embargo, si hemos gozado de la salud, ¡cuán rápido nos pasa una semana, y aun un mes! ¡Cuán poco tiempo hubo hasta que el verano se cambió en el invierno! Ya estamos al borde del fin del año. Durante el año pasado, miles y miles han pasado de la vida hasta la muerte, pero nosotros nos quedamos en este mundo todavía. No obstante, no nos olvidemos que este año nos ha traído un año más cerca a la eternidad, y el tiempo que nos queda aquí está muy incierto.

SEGUNDO PENSAMIENTO

En nuestro segundo pensamiento, vamos a considerar **la certeza de la muerte**. Con algunas palabras breves, vamos a meditar en el hecho de la certeza de la muerte que sigue nuestra vida breve que hemos vivido aquí en este mundo.

En primer lugar, *“está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”* (Heb. 9:27). Después de nuestra caída en el Paraíso, el Señor decretó que tenemos que morir. Dios había dicho a Adán y Eva en cuanto al árbol de la ciencia del bien y del mal: *“Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”* (Gn. 2:17). Cuando el hombre cayó, el Señor pronunció: *“Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás”* (Gn. 3:19). Por lo tanto, podemos preguntar con el poeta: *“¿Qué hombre vivirá y no verá muerte?”* (Salmos 89:48) Hay miles y millones de personas que jamás quieren oír hablar de la muerte; sin embargo, todos ellos

también verán la muerte algún día, y experimentarán lo que dice Job: “*Porque yo sé que me conduces a la muerte, y a la casa determinada a todo viviente*” (Job 30:23).

En segundo lugar, la certeza de la muerte se manifiesta en nuestra propia experiencia. Constantemente somos testigos del hecho de que todos mueren: tanto el sabio como el necio, tanto el pobre como el rico. La muerte es un enemigo implacable que no puede ser resistido por la fuerza de los poderosos, ni por el dinero de los ricos, ni por los ruegos de los pobres. La muerte no se apiada de nadie, ni del viejito canoso ni del niño pobre. Una generación se va y otra se viene. Así ha sido desde el principio, y así será hasta el fin del tiempo. Nuestros antepasados tuvieron que salir para dar lugar a nosotros, y nosotros cederemos nuestro lugar a los que nos siguen. La tumba jamás dice: “Basta ya”. En nuestras propias vidas hemos visto a nuestros seres queridos enterados, el cual nos asegura que algún día nosotros también los seguiremos a la tumba.

En tercer lugar, la fragilidad y la debilidad de nuestro cuerpo nos deben acordar que algún día moriremos. Nuestra fuerza no es la fuerza de piedras, y nuestra carne no es como el bronce; más bien, nuestros cuerpos no son más que habitaciones de tierra que algún día se van a desmoronar. Aun los médicos se dan cuenta de que el cuerpo no puede vivir para siempre; y dicen, más bien, que es un milagro que vivamos tanto tiempo. De hecho, es un milagro que el polvo pise el polvo mismo por un tiempo, pero no es de sorprender que el polvo descienda al polvo algún día. Se ve esto en la vida de un anciano que ya tiene sesenta, setenta, u ochenta años: se pone más débil cada día, y se aproxima más y más hacia la muerte hasta que la encuentre por fin. ¡La debilidad de la vejez es una enfermedad de la cual nadie jamás se ha recuperado! Puede ser que uno se recupere de una fiebre alta o de una enfermedad grave, pero una vez que nos “enfermemos” de la vejez, por decirlo así, no hay esperanza de recuperar. ~~Una vez el rey David~~

~~invitó a Barzilai galaadita a Jerusalén para sustentarlo allí. (Barzilai había dado provisiones al rey cuando estaba en Mahanamaim; ver 2 Samuel 19:31-40). Barzilai era muy sabio, y respondió al rey: “¿Cuántos años más habré de vivir, para que yo suba con el rey a Jerusalén? De edad de ochenta años soy este día. ¿Podré distinguir entre lo que es agradable y lo que no lo es? ¿Tomará gusto ahora tu siervo en lo que coma o beba? ¿Oíré más la voz de los cantores y de las cantoras? ¿Para qué, pues, ha de ser tu sierva una carga para mi señor el rey?” (2 Sam. 19:34-36). Este anciano deseaba morir en su propia ciudad, junto al sepulcro de su padre y su madre. Benditos son aquellos que piensan como este Barzilai, pues para todos nosotros la tumba es el próximo hogar para nuestro cuerpo.~~

Por último, la certeza de la muerte es evidente en la condición pecaminosa de nuestra alma. Como ha dicho uno de nuestros antepasados, nosotros tenemos almas pecaminosas, y por lo tanto tenemos cuerpos mortales. La muerte sigue el pecado como la sombra sigue el cuerpo. Los malos tienen que morir como castigo por haber quebrantado el pacto de obras, mientras los piadosos tienen que morir para que como la muerte entró por el pecado, también el pecado los deje por medio de la muerte. Cristo ha quitado el aguijón de la muerte para Su pueblo, pero no les ha quitado la muerte misma. Por lo tanto, igual como la víbora que se le prendió en la mano del apóstol Pablo no pudo hacerle ningún daño, de la misma manera la muerte se le prenderá al pueblo de Dios, pero no les hará ningún daño.

Así hemos considerado en estos particulares el hecho de que todos tenemos que morir, seamos personas que temen a Dios o no, seamos pobres o ricos, seamos fuertes o débiles, y seamos sabios o necios. Todos estamos viajando al cementerio, para entonces comparecer ante el trono de juicio de Cristo. Es más, nuestro viaje será breve, y como Moisés bien dice, nosotros “volamos” hacia nuestra morada eterna, sea esta el cielo o el infierno.

TERCER PENSAMIENTO

En nuestro tercer pensamiento principal, vamos a considerar **cómo debemos hacer uso de estas verdades para nuestro bienestar espiritual**. Vamos a ver lo que se encuentra en estas verdades para nuestra instrucción personal, y pidamos a Dios que Él nos aplique estas verdades al corazón nuestro.

Nosotros volamos, y mientras estamos volando hacia la muerte, es necesario que estemos preparados para la eternidad. Mientras volamos, debemos estar siempre buscando la única cosa necesaria, y debemos estar orando siempre ante el trono de la gracia. Vamos a considerar juntos adónde volamos, y cuál será nuestro destino final de cada uno de nosotros.

En primer lugar, me dirijo a los jóvenes entre nosotros. Díganme, ¿a dónde están volando ustedes, al infierno o al cielo? Muchas veces los jóvenes son insensatos y despreocupados, y por lo tanto escogen el camino ancho que lleva a la perdición. ¿Es así contigo, amigo mío, o eres como Samuel, que eligió servir a Dios en su juventud? Mis amigos jóvenes, ~~no soy más que un pobre pecador,~~ pero deseo aprovechar esta oportunidad para exhortarles que sigan los pasos de Samuel, quien, aunque era joven, fue contado entre ellos que oraban al Señor. Oh amigo mío, si tú has dejado pasar este año sin buscar a Dios, te ruego comenzarle esta misma noche. Con la bendición de Dios, tú sí puedes dejar los caminos malos y la amistad que tiene con el mundo. ¡Sólo así estarás feliz de verdad!

En segundo lugar, quisiera preguntarles a ustedes, hombres y mujeres adultos entre nosotros: ¿adónde vuelan ustedes? No hay camino en medio; estás volando o hacia el infierno o hacia el cielo. Tal vez te gusten mucho los bienes de este mundo, pero si es así, tú llevas las señas de un viajador muy infeliz que estás de ida a la perdición y la destrucción. Tal vez tú tengas algo de

esperanza sobre tu caso, y esperas ir al cielo; sin embargo ¿de qué te servirá esta esperanza? ¿Te quita los pecados, o te hace más y más un forastero en este mundo? O, por otro lado, ¿tu esperanza te deja tan frío e insensato como antes? Si uno tiene una verdadera esperanza de participar en las bodas celestiales con Cristo, entonces tiene que ser preparado por estas bodas aquí durante esta vida, ¿no es cierto? Y si es así de verdad en tu vida, será el deseo y la inclinación de tu alma aferrarte a Jesús y proclamarlo como Rey de tu alma. Al contrario, la esperanza que tienes ahora desaparecerá en la hora de tu muerte.

Por último, quisiera dirigirme a los ancianos entre nosotros, quienes han llegado a la última etapa de la vida. Tú, amigo o amiga, puedes decir mejor que nadie lo que dice Moisés en nuestro texto: “*Y volamos*”, pues lo sabes por experiencia propia. La vejez te ha llevado muy velozmente, y ahora estás por entrar en la tumba. Déjame preguntarte: ¿adónde estás volando? ¿Qué te ha aprovechado el hecho de que Dios te ha dado tantos años de vida? ¿Tienes algo más que una cabeza canosa? ¿Eres más que un enemigo viejo del Señor Jesucristo? ~~¿Ya ha llegado a ser tu cabeza canosa una corona de la gloria por medio de la justicia de Cristo?~~ ¿Ya conoces al Señor Jesús, para que estés listo a morir y estar con Él para siempre? Oh, amigo mío, si puedes decir que así lo es, ¡bendito eres tú! Estás volando hacia el cielo, y tal vez el nuevo año será el tiempo cuando Dios te llame a la casa del Padre donde muchas moradas hay. Por otro lado, si tú no eres salvo todavía, no creo que sea posible conocer a una criatura más infeliz que tú, a menos que el diablo mismo. Sin embargo, sí te puedo decirle que Jesús aún te llama y te invita y te extiende Su Mano de gracia a ti. Oh, ¡vuela a Él! Pues al contrario volarás hacia el infierno, y estarás perdido para siempre. Como nos amonesta en Proverbios: “*No te jactes del día de mañana; porque no sabes qué dará de sí el día*” (Pr. 27:1).

Antes de terminar el mensaje con unas palabras de aplicación personal, cantemos el **Salterio 246, las estrofas 1, 2 y 3.**

APLICACIÓN

En fin, hemos visto cada uno de nosotros, seamos ricos o pobres, hombres o mujeres, jóvenes o ancianos, seamos quien seamos, que nuestro tiempo es corto, y que pronto tenemos que morir. Algunos de nosotros tenemos más de los bienes de este mundo; sin embargo, cuando un día descendamos hasta la muerte, no nos importará si hayamos viajado por un camino de lujo o de pobreza. Cuando estamos en nuestro lecho de muerte, ¿qué nos importa si somos príncipes ricos o caseros pobres? La pregunta más importante será: ¿Somos salvos o no? Oh amigos míos, *“Buscad a Jehová mientras pueda ser hallado”*. No se afanen con lo qué comerán o con lo que beberán, sino preocupense de encontrar el rescate que se encuentra en la sangre expiatoria del Señor Jesús.

Jesús sigue invitándote, pues todavía estás en el día de la gracia. Todavía gozas de buena salud, pero no sabes si tal vez la próxima semana tus familiares estarán preparando tu propio entierro. Por eso, las preparaciones para la eternidad representan un asunto que no se puede dejar para más tarde, pues *“si el árbol cayere al sur, o al norte, en el lugar que el árbol cayere, allí quedará”* (Ecl. 11:3).

“Y volamos”. ¿Te das cuenta de que es posible que hoy sea la última vez que nos veamos, y que la próxima vez que nos encontramos sea ante el trono del juicio de Cristo? Oh, ¡cuánto espero que en aquel Día de Juicio yo sea libre de la sangre de cada uno de ustedes! No es que yo sea él que pueda abrir el reino de Dios para uno y cerrarlo para otro. Sin embargo, soy un pobre pecador que sí tiene que decirte que escrito está: *“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los*

siglos” (Heb. 13:8). Él es amigo de publicanos y pecadores, y Su sangre es lo suficiente para lavarte de toda tu culpa y pecado. Pero también es mi deber decirte que escrito está: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (Heb. 2:3) Es más, “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare el Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto?” (Heb. 10:29)

Ahora bien, amigos míos, ya que el tiempo vuela y se acerca la eternidad, espero que les sean dado aquel único bueno deseo, el cual es buscar a Jesús, Quien es el Único que les puede dar el gozo verdadero y eterno. Al contrario, la culpa será siempre suya si se pierden y se encuentran en el infierno.

Hijos de Dios entre nosotros, quisiera recordarles de algunas cosas. En primer lugar, recuerden lo que el Señor les ha dado. Si no me equivoco, hay entre nosotros que han llegado a conocer al Hijo de Dios durante el año pasado. Para ustedes, este ha sido el año de bendición del Señor, y será un año que jamás olvidarán. Den las gracias a Dios por lo que Él ha hecho en su alma, y ora que sean mantenidos cerca al Señor. El camino que han escogido por la gracia de Dios es el camino mejor y más bendito de todos, y los llevará a *“la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”* (Heb. 11:10). El Maestro a Quien han conocido es el Rey misericordioso y fiel, y Él soportará sus debilidades con longanimidad, y perdonará todos sus pecados. Él los sostendrá y jamás los abandonará, para que ustedes puedan cantar:

Dichoso es aquel que tiene

Por su ayuda Jehová;

Su esperanza está en su Dios,

Bendito él quedará. (Salterio 400:3)

Mientras tanto, queridos hijos de Dios, se darán cuenta de que el camino que lleva al cielo siempre será un camino de tribulación. No sobreestimen a sí mismos ni a sus propias habilidades, sino que aprendan de las palabras del mismo Rey Acab: *“No se alabe tanto el que se ciñe las armas, como el que las desciñe”* (1 Reyes 20:11). Algunos de ustedes acaban de ceñirse las armas, por decirlo así, y puede ser que reciban muchas heridas antes de desceñirse en el día de su muerte y entrada gloriosa en el cielo. Procuren seguir los pasos de Jesús, andando con mansedumbre y humildad, y luchando solamente en la fuerza de Cristo el Rey. Con Jesús y Su poder divino ustedes pueden conquistar; sin embargo, con sus propias fuerzas y sin Él, ustedes recibirán muchas más heridas y cicatrices que habrán esperado. La riqueza más grande de un cristiano es un sentido de dependencia, debilidad, y pobreza espiritual, para que procuren estas cosas sólo en Él.

¿Piensas mucho de ti mismo y de tus propias fuerzas, amigo mío? ¿Menosprecias tú a aquellos que tal vez han decaído en su fe? Oh, ¡ten cuidado! Cuando los piadosos se inflan de orgullo, es de esperar que se caigan; por lo tanto, si te sobreestimas mucho, estoy seguro de que pronto el enemigo te tumbará y te hundirá en el cieno profundo, hasta que los demás ni te reconozcan. Cuando Dios viene a rescatarte, ya te darás cuenta de que es sólo por Su gracia que puedes andar en el camino recto.

Es la voluntad de Dios de que Su pueblo siempre sea pobre y humilde, y sólo así Él los consolará y los llenará con bienes espirituales. Si hoy en día nos preguntamos por qué hay tanta falta del ejercicio de la fe, y tan poco consuelo espiritual, creo que nos conviene examinarnos, porque normalmente esto ocurre cuando no nos conocemos bien, y cuando no hemos hecho una confesión verdadera ante Dios con Pablo, quien dijo que era el mayor de los pecadores. Si hubiera más gente como Pablo, que son *“menos que el más pequeño de todos los santos”* (Ef.

3:8), creo que habría más de la vida verdadera y feliz dentro de la Iglesia de Dios, y todas las luchas, peleas y disensiones serían resueltas.

En segundo lugar, hijos de Dios entre nosotros, sabemos que volamos, así que es necesario procurar obtener la plena certeza de la fe. Si nosotros siempre tenemos que temer que no tenemos lo suficiente aceite en nuestras lámparas, ¿acaso no es necesario estar orando mucho por ello, y vivir una vida muy cerca y tierna ante el Señor. No reposen hasta que conozcan esta certeza de la fe, pues es de suma importancia en la hora de su muerte. Para que puedas morir con tranquilidad, es necesario haber vivido una vida muy apegado a Jesús y con Él como nuestra porción siempre.

En tercer lugar, hijos de Dios, nos debe entristecer el hecho de que hayamos pasado nuestro tiempo de una manera tan descuidada, y esto nos debe provocar a trabajar mientras sea día, pues *“la noche viene, cuando nadie puede trabajar”* (Juan 9:4). Hay tanto que hacer para nosotros mismos, para nuestras familias, para nuestro prójimo, y para el reino de Dios. Por tanto, hagamos el bien mientras podamos hacerlo, y no echemos a perder el tiempo precioso que nos es dado. La palabra de Dios nos habla claramente: *“Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría”* (Ecl. 9:10).

Por último, hijo de Dios entre nosotros, no seas tan perplejo sobre el hecho de que tal vez el próximo año sea el año de tu muerte. Más bien, esto te debe hacer feliz, pues tu muerte te llevará al Canaán celestial, donde nunca tendrás que dudar o pecar jamás. Oh, amigo mío, ¡cuán leproso somos en nosotros mismos! Al momento de nuestra conversión, habíamos pensado que viviríamos en el temor de Dios; sin embargo, ¡cuán desilusionados debemos estar cuando miramos a nosotros mismos! Debemos decir: “¿Es así que trato al Señor? ¿De esta manera trato

al Amigo Mayor, que siempre es tan fiel y lleno de gracia? ¿Es así que respondo yo al amor hasta la muerte que ofreció el Mediador? De hecho, hasta el día de nuestra muerte, los hijos de Dios tienen que quejarse con Pablo: *“Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí... ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”* (Romanos 7:21, 25)

Sin embargo, hijo de Dios, a la hora de tu muerte serás librado de todos tus pecados, de todas tus fallas, de todas tus caídas, de toda tu flojera, y también de todas tus aflicciones y tristezas. En aquel momento obtendrás la salvación eterna y el gozo eterno, algo que no se puede aún imaginarse aquí en este mundo. Por esto, si no me equivoco, tú tienes motivo hasta anhelar el día de tu muerte, cuando experimentes ese encuentro con Jesús, y debes estar ansioso a dejar atrás este mundo y todo lo que contiene. No obstante, si todavía tú tienes mucho miedo de la muerte (lo que es algo muy común con los hijos de Dios, pues la muerte es su último enemigo), espero que Dios te muestre que el fiel Señor Jesucristo, Quien conoce tu angustia en cuanto a la muerte, estará contigo a la hora de tu salida de este mundo. Él te dará la fuerza y la gracia para viajar por el valle de sombra de muerte, y Él te llevará a la Canaán celestial. Recuerda que Él jamás te abandonará, ni ahora ni en la hora de tu muerte, pues si no fuera así, ¿cómo habría podido decir tan claramente en Su palabra: *“Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”?* (Juan 13:1)

Ahora bien, hijos de Dios entre nosotros, sabemos que “volamos”, como dice nuestro texto. Entonces, que volem con gozo, para regocijarnos para siempre en la esperanza de la salvación que el Señor nos ha preparado en el cielo... AMÉN